

Hoy, el País-Futbol

El Militarismo, Muda Presencia en Argentina

Por Armando MORQUECHO
Enviado Especial

BUENOS AIRES, Argentina, 28 de mayo.— Contra las muchas cualidades que sin excepción el visitante mexicano le encuentra a esta ciudad —conjunción de prestancia y categoría de rasgos acentuadamente europeos—, una sola faceta se yergue desconcertante: el militarismo.

De una parte se ve la amabilidad, alegría y simpatía que los porteños derraman por todos lados; de la otra la imagen impresionante de la represión, que casi ni se hace necesario obviarla, pero que está presente en las calles y en el espíritu del pueblo.

Buenos Aires, sobre todo en algunas áreas, resulta ser la ciudad donde el "No" impuesto por las autoridades ha dejado de ser discutible.

En las zonas ordinarias de la ciudad se dan los casos de restricción propios de cualquier gran urbe, como ésta con 9 millones de habitantes. "No estacionarse", "Suprimida la parada de los autobuses", "No cambie de acera a media cuadra", etc.

Donde se asientan las cor-

poraciones militares: "No detenerse", "Zona militar, prohibido pasar", o cuando se llega a puntos de capital importancia: "P.N.A. ALTO, el centinela hará fuego".

Afortunadamente no todo en Buenos Aires es prohibición y represión. Tiene 55 teatros, 124 cinematógrafos, varios estadios de futbol, 14 radiodifusoras, su metro con una red de 65 kilómetros y restaurantes de los más variados.

Buenos Aires resulta una urbe muy agradable. Sin conocer la expresión de "sabadito alegre" todavía tan usual en México, los bonaerenses participan de la misma euforia sabatina.

Goza fama la capital argentina de poseer una vida nocturna inusitada. Y así es. Todos los días. Pero el sábado el deambular por la noche es constante en las calles Lavalle y Sarmiento, sobre todo en la intersección con la Av. 9 de Julio.

Ocho mil funciones anuales en los 55 teatros, y las 156 mil 200 proyecciones cinematográficas que registran estrenos internacionales por semana, constituyen resorte vital en la extraordinaria movilización nocturna.

Se calcula que al teatro y al cine asisten 33 millones de espectadores.

Esta madrugada, a las 4:00 la afluencia de personas a la zona aludida daba la impresión de que algo excepcional se celebraba. "Nada hombre, esto ocurre todos los sábados".

En el verano, claro que la aglomeración es mayor. "Tendrías que verlo, tendrías que verlo", se nos dice.

Completa el ambiente de romería el melodioso pregón de los vendedores de periódicos, quienes con musicalidad de copleros de zarzuela pero extrañamente con ritmo afrocubano en la tierra del tango, anuncian que ya salieron las ediciones de "El Clarín" "La Prensa", etc.

Terminan las funciones de la madrugada en teatros y cines y cierran sus puertas los restaurantes con servicio más formal. Aumenta entonces la muchedumbre en el arroyo de las calles y se atiborran hasta el desbordamiento las confiterías, y empiezan a vivir su gran momento bares, los casi escondidos centros nocturnos que paradójicamente no disfrutan de una asistencia ni siquiera numerosa de los noctámbulos.

¿A que horas pasa esto? ¿Con la luz del día? "Más bien hasta que el cuerpo aguante", se nos aclara.

En la mañana dominical fría aunque con sol, Buenos Aires está desierto. Duermen sus habitantes. Con el comercio cerrado —hasta el más insignificante estanquillo— nada puede hacerse en el primer cuadro de la ciudad.

Recorrido con el propósito de vivir lo que es un domingo en Buenos Aires. Mal inicio. Dificultades, muchas en verdad, para visitar la zona portuaria. Finalmente, luego de ser enviados a uno y otro lados, autorización para pasar a las dársenas.

Tampoco el barrio de La Boca, que empieza apenas a desperezarse luego de las también muy alegres y prolongadas borracheras, ofrece mayores perspectivas.

Subimos al Metro para no dejar lagunas en nuestro itinerario. Insatisfactoria experiencia, pese a la ventaja de tenerlo casi a disposición exclusiva por la escasez de pasaje este día.

Dicen que el barrio de La Boca, sitio que los genoveses eligieron para erigir la ciudad de Buenos Aires tiene un sabor a antiguo.

El Metro huele a viejo, y además muy mal.

La periferia de la ciudad permite observaciones totalmente distintas. Es temprano todavía y el movimiento, aunque pausado, sin prisas ni agitaciones es considerable.

Muchos bonaerenses, como también latinoamericanos e inclusive de otras partes, saben ser profundos devotos de sus muertos. A las afueras del cementerio de Chacarita, el principal de la ciudad, dos grandes florerías no dan abasto a quienes demandan el ramo de flores para depositarlo sobre una tumba.

Las misas dominicales en los templos católicos sumamente concurridas. Incluso la capilla que se levanta en un edificio militar es insuficiente para dar cabida a los soldados.

Comienza el mediodía y el movimiento alcanza un nivel de normalidad. Salen los porteños de sus casas en busca de esparcimiento. en torno al parque Zoológico Municipal, frente a la Plaza de Italia en el llamado Palermo Chico, se suscitan congestionamientos de tránsito. En la amplitud de los Bosques de Palermo se asientan cientos de grupos familiares.

Debe ser atractivo el programa de carreras de caballo en el Hipódromo de Palermo. Muchos automóviles enfilan hacia allá y los autobuses que prestan el servicio colectivo pasan llenos.